

# Que leer

Nº 161 / 3 €

www.que-leer.com

PORTUGAL 3 €

## UMBERTO ECO

Tras "El nombre de la rosa", publica su novela más polémica

## FERNANDO SAVATER

Un filósofo que coge el toro por los cuernos

## HARPO MARX

Confesiones del mudo más célebre de la historia del cine

NUESTRO REY DE ENIGMAS

# JAVIER SIERRA

Nos adelantamos a la llegada de su nueva novela, "El ángel perdido"



CRÓNICA GABI MARTINEZ: FÚTBOL, CUERPOS Y FAVELAS EN RÍO DE JANEIRO



# JAVIER SIERRA

## Asalto final a la cumbre

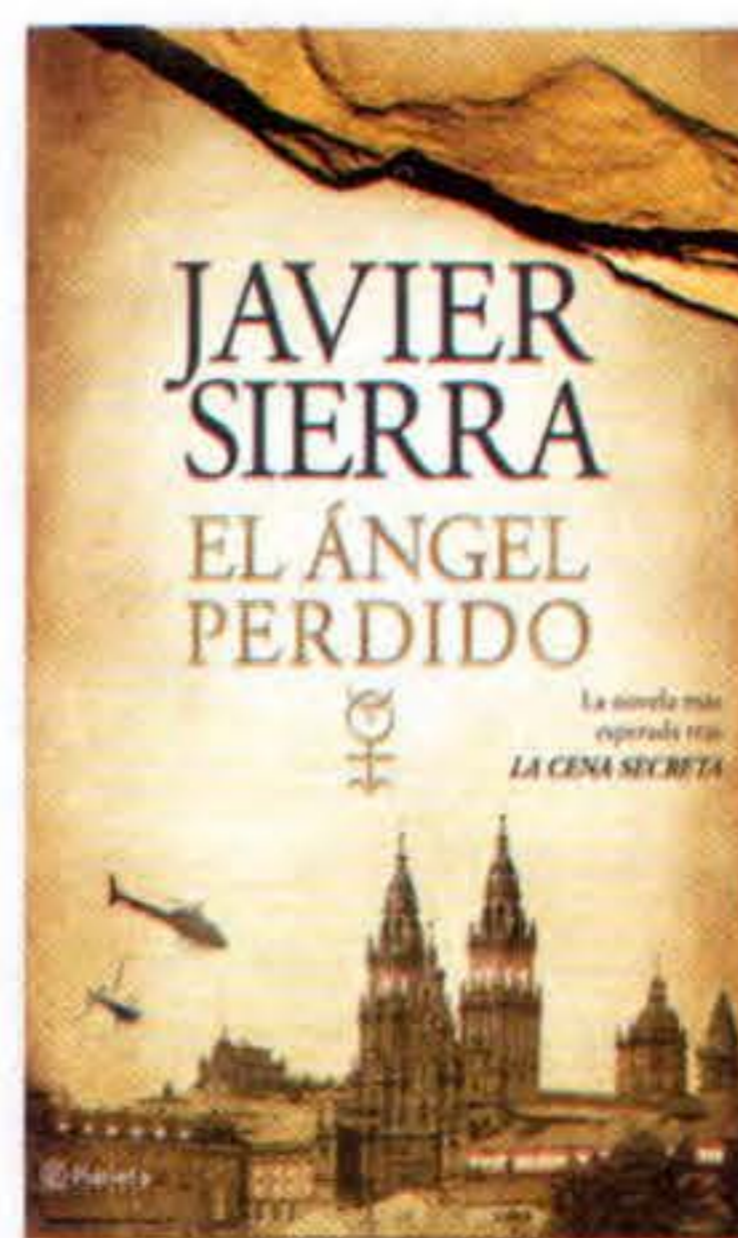
Javier Sierra ha hecho lo que ningún autor de su éxito antes: se ha jugado la piel en una expedición al monte Ararat, donde se hallarían los restos del arca de Noé, para rematar su nueva novela, "El ángel perdido" (Planeta). Y todo, asegura, en aras de la verosimilitud de una trama tan intensa como fascinante con la que aspira a conquistar definitivamente la cumbre del "best seller" en nuestro país. **texto JAVIER SIERRA fotos ÁLVARO TRIGUEROS**

**U**na frase de Albert Einstein terminó por convencerme. "Intenta no convertirte en un hombre de éxito", se dijo tras recibir el Nobel de Física, "sino en un hombre de valor". Y valor era justo lo que iba a necesitar para concluir mi última novela. La extraordinaria acogida que tuvo *La cena secreta* hace siete años, los incontables *booktours* para apoyarla por medio mundo y mi sentido de la responsabilidad, habían dilatado más de lo previsto la salida de *El ángel perdido*. A principios de 2010 me preocupaba, y mucho, que mi nueva ficción volviera a cimentarse en hechos investigados in situ, que trasladara a mis lectores ese aroma inconfundible a aventura trascendente pero verosímil... Y, tras haber viajado de incógnito varias ve-

ces a Washington DC, a la misteriosa "iglesia de las lápidas" de Noia, en la Costa da Morte gallega, o a la catedral de Santiago de Compostela, sólo me quedaba un lugar que hollar antes de entregar mi obra a imprenta: las laderas de un monte de 5.165 metros, en la militarizada frontera de Irán, Armenia y Turquía, que durante siglos han inspirado leyendas y relatos de misterio sin par. Su nombre, Ararat. El lugar en el que, según el *Génesis* (8,4), el arca de Noé "descansó" tras el Diluvio Universal.

Pero, ¿cómo iba un escritor sin experiencia en alta montaña a explorar un lugar así?

Fue entonces cuando recordé el buen consejo del padre de la Teoría de la Relatividad. Me armé de valor. Solicité los permisos de escalada ne-



**El ángel perdido**  
Javier Sierra  
Planeta  
512 págs. 21,90 €.

cesarios –raros, supervisados siempre por militares–, y me puse a buscar un instructor que quisiera acompañarme. Tuve suerte. César Pérez de Tudela, uno de los alpinistas españoles más experimentados que existen, toda una leyenda del montañismo, se entusiasmó enseguida con mi proyecto. "He subido al Ararat en tres ocasiones", me dijo ufano. "Pero nunca con alguien que haya estudiado el asunto del arca como tú... Porque lo has hecho, ¿verdad?". Asentí. Yo llevaba, en efecto, algún tiempo recogiendo información sobre el Agri Daghi –nombre turco que significa "montaña del dolor"– y sentía verdadera fascinación por las historias que se contaban de ese enclave. En viejos expedientes desclasificados de la CIA había encontrado incluso alusiones

a cierta "anomalía en el Ararat", una roca con aspecto de barco captada por sus aviones espía entre 1949 y 1973, y que al parecer sólo emergía del hielo en los años de más calor. No era, pues, de extrañar que esa supuesta nao –citada también por el Corán, la Biblia, Marco Polo o el historiador babilónico Beroso– se me antojara perfecta para esconder las dos piedras "de poder" que articulan la trama de mi nuevo *thriller*. Sólo me faltaba escalarla.

Pero, poco antes de que llegaran los permisos, aquella locura estuvo a punto de fracasar.

A sólo tres meses de iniciar la escalada, César fue evacuado del Khan Tengri, un "sietemil" en el corazón de Kyrgyzstán, por culpa de un fallo cardíaco. No era la primera vez que la parca rondaba a mi "guía". En su primera expedición al Aconcagua estuvo seis días extraviado y fue dado por muerto. Y, en 1988, de nuevo en esa cumbre, sufrió una experiencia visionaria en la que llegó a "ver" el célebre "túnel" que describen los moribundos.

Pero César es un hombre fuerte. Se recuperó de su infarto al mismo tiempo que nuestros salvoconductos se sellaban para primeros de octubre. "Seréis los últimos en subir este año", nos dijeron las autoridades turcas. "A partir de estas fechas la nieve hace inaccesible el Agri Daghi". Sonreí. En el fondo, aquel retraso había sido providencial. Primero, porque gracias al papeleo César pudo restablecerse por completo, y segundo porque las escenas de acción que había imaginado para mi novela transcurrían justo entre nieves, en plena "temporada roja" de la cumbre.

La misión final la integramos cuatro españoles: César, su hijo Bruno, el cámara de televisión Álvaro Trigueros y yo; dos kurdos –un cocinero y un responsable de los caballos que subirían nuestros útiles de escalada lo más alto posible– y un guía de montaña turco. El plan era ascender hasta la cima y desde allí examinar los lugares en los que otros montañeros habían situado los presuntos restos del arca, así como ubicar las cuevas de hielo en las que desarrollaría el desenlace de *El ángel perdido*.



César Pérez de Tudela escoltó a Javier Sierra en su ascenso al monte Ararat.

### Rumbo a lo desconocido

El día de nuestra llegada, 8 de octubre de 2010, fue César quien me hizo caer en la cuenta de algo.

–¿Ves esas nubes de allí? –dijo señalando la cresta del coloso. Tres grandes ruedas gaseosas blancas, con los bordes definidos, tapaban su pico eternamente nevado. Fíjate bien. Es la tormenta de viento y granizo que se instala en la cima del Ararat en esta época del año. A veces desaparece a primera hora, así que, el día que ascendamos deberemos levantarnos antes del amanecer, hacer cumbre y bajar a toda prisa para que no nos atrape.

–¿Subiremos de noche? –pregunté alarmado.

Pérez de Tudela respondió con una mueca, como si aquello le divertiera.

Me acordé entonces de Judith Curr, mi editora en Nueva York. Y de Antonia Kerrigan, mi agente literaria. A esas horas ambas estarían a cubierto en alguna de las naves acondicionadas de la Feria de Fráncfort, anunciando que Simon&Schuster acababa de adquirir en primicia los derechos de *The Lost Angel*. Aunque, si no me andaba con ojo, el ángel perdido iba a ser yo. Las dos habían leído el borrador de mi obra y esperaban que regresara sano y salvo del Ararat

para ponerle el punto y final. "No sé por qué haces esto", me recriminó un buen amigo justo antes de partir. "Los novelistas no necesitan estar en los escenarios de sus obras para describirlos. Se los inventan y basta. Acuérdate de Julio Verne...". "¡Pero yo preciso un gran final!", protesté. "Tu verás. Al menos intenta que sea sólo para tu obra, no para ti".

Mi amigo tenía razón. La literatura nunca ha precisado de aventureros reales para describir sus odiseas. Pero, ¿y si a una intriga literaria se le suma el valor de lo experimentado por su autor? Ese pensamiento me autoconvenció. Me animó a seguir. Y la romántica posibilidad de tropezarme con el arca de Noé, también.

–¡No tan deprisa! –me ordena César al verme apretar el paso, bastones de alpinista en mano, al iniciar el ascenso. La escalada debe hacerse con pasos cortos, firmes. Siempre los mismos. Ahorrarás fuerzas para cuando llegue lo peor y lograrás tu objetivo sin desgastarte.

"¡Es como escribir una novela!", barrunto.

Pero las dos noches que pasamos en el Ararat no me evocaron, precisamente, ningún placer literario. La primera, a 3.200 metros, en el campamento base uno, la

soportamos en medio de una densa niebla, a diez grados bajo cero. La segunda fue aún más severa. En el límite de los 4.000, con el oxígeno casi ausente y las tiendas plantadas sobre nieve helada, el frío se nos hizo insoportable. Por suerte nos levantamos a las dos de la madrugada para acometer el último tramo, y el esfuerzo por no caer ladera abajo enseguida nos ayudó a entrar en calor.

-¡No conquistaremos la montaña sólo con músculo! -casi veo a César bajo su capucha roja, tirando del resto del grupo-. ¡Es la mente la que te hace seguir!

Creí desfallecer. Entonces, a 4.500 metros, cuando ya despuntaba el día, vi algo que me sobrecogió: nubes negras y veloces, eléctricas, ascendían hacia la misma cumbre que nosotros. ¡Iban a adelantarnos! Al poco, el cielo se oscureció como si se solidificara, mientras que la temperatura cayó varios grados de

golpe. ¡Parecía una escena sacada de Los Diez Mandamientos de Cecil B. DeMille!

-¡Aguanta! -gritó César-. ¡Pisa en mis huellas!

Cien metros más arriba, sin aliento, nos detuvimos a parlamentar. Yo ya me había hecho idea de la clase de infierno que quería incluir en mi novela y empezaba a pensar en una retirada. César no estaba tan seguro.

-Si avanzamos -me anunció en voz baja- quizá tengamos que pernoctar en la cumbre.

-¿Y entonces qué? ¿Veremos algo ahí arriba? -indagué preocupado.

-Con esta niebla, no.

-¡Pues regresemos!

Los Pérez de Tudela rezongaron, pero terminaron por reconocer el peligro. Abandonamos a los 4.600 metros, justo antes de que el mal tiempo se adueñara definitivamente de la montaña. Y así, con la retina impregnada de imágenes irrepetibles, las pestañas congeladas y mil ideas

que trasladar al papel, iniciamos la retirada. Tras once horas ininterrumpidas de descenso mi cara era la única del grupo que irradiaba felicidad. Al llegar a Dogubayazit estaba eufórico. Era por la novela, claro. ¡La tenía! Había visto -y experimentado- justo lo que necesitaba. Y nervioso, en el recibidor del hotel Isfahan, me puse a tomar notas como un loco.

-¿Qué? ¿Contento? -se acercó César-. La montaña engancha. ¿Cuándo subirás la siguiente?

Lo miré de hito en hito.

-¡Ni lo sueñes! -bufé, mientras garabateaba justo la frase con la que más tarde cerraría *El ángel perdido*-. A no ser, claro, que sea otra cumbre con arca...

Y César, con un gesto parecido al de los profetas del Pórtico de la Gloria compostelano, dijo algo que ya no he podido quitarme de la cabeza desde entonces:

-En ese caso, Javier, volverás al Ararat. Seguro.

## ■ “EL ÁNGEL PERDIDO” EN SIETE INSTANTÁNEAS...

Julia Álvarez, la protagonista de *El ángel perdido*, es una restauradora que trabaja en Santiago de Compostela y que descubre que su marido ha sido secuestrado por un grupo terrorista cerca del monte Ararat, en Turquía, mientras se encontraba en un viaje de investigación. Martin es un importante climatólogo pero, contra lo que Julia cree, a sus captores no les interesa su labor científica sino unas curiosas piedras que recibieron años atrás como regalo de bodas. Esos minerales -llamados adamantas por un nigromante de los tiempos de Isabel I de Inglaterra- tienen un valor más que histórico también para la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos. A continuación, el propio Javier Sierra nos cuenta, a partir de varias ilustraciones, el *making of* de su más reciente *best seller*:



### 1) Campus Stellae, Santiago

Bajo este monumento de Jesús León Vázquez, instalado en 1999 en la catedral, se desarrolla el primer tiroteo del libro. La obra muestra el vínculo íntimo entre el Camino de Santiago y la Vía Láctea, uno de los ejes de mi novela *Las puertas templarias* y un guiño a mis lectores más atentos a los detalles.

### 2) Catedral de Santiago (dic. 2009)

Fue un viaje súbito, casi sin planificar. Alguien me dijo que, en la noche del 30 de diciembre previa a cada año Jacobeo, se celebraba en la catedral una singular ceremonia en la que se paseaban los supuestos restos del apóstol Santiago. Y hasta allá fui. De incógnito. Aquel “salto” sirvió para redondear mi escena del tiroteo dentro del templo, al inicio de *El ángel perdido*.

### 3) Gilgamesh, Catedral de Santiago

Sosteniendo el parteluz del Pórtico de la Gloria hay una imagen de un hombre que domina a dos leones. Algunos han visto en él una alusión a Adán, pero en la mitología sumeria quien domina a dos leones de ese modo es Gilgamesh, el primer héroe conocido del Diluvio. Hoy se acepta esa interpretación, pero de Gilgamesh Occidente no supo nada hasta el descubrimiento de su epopeya, en el siglo XIX. ¿Qué hace entonces en Santiago, en una obra medieval?

### 4) Escudo de Noia

El escudo de Noia que se exhibe en su Ayuntamiento muestra inequívocamente el Arca de Noé.

### 5) Sepulcro de Ioan de Estivadas, Noia (julio 2009)

Tres días en la Costa da Morte bastaron para convencerme de que la iglesia de Santa María a Nova era el lugar perfecto para esconder un “secreto simbólico”. Sus lápidas centenarias sembradas de signos sin descifrar y esa tumba con un mensaje escrito al revés eran ideales para mi trama.

### 6) Cementerio de Arlington, Washington (marzo 2007)

Tercera visita al camposanto más famoso de Estados Unidos. De la investigación de algunos de sus “huéspedes” surgieron nombres y personalidades que he deslizado en mi novela. Cerca de allí está la Casa Blanca, importante también en la trama.

### 7) Cráter del meteorito, Hallaç (Octubre 2010)

A nueve kilómetros de la frontera entre Turquía e Irak, en un área sembrada de baterías antiaéreas y tanques, se encuentra este cráter de 35 metros de diámetro que convertí en la mina de las adamantas de mi novela. Lo descubrí en Google Earth, pero visitarlo confirmó mi elección en el acto.



## JAVIER SIERRA, SECRETOS BAJO LA ESCALERA

Como el mítico Noé, decisivo en su nueva novela, Javier Sierra posee un refugio a prueba de diluvios: un estudio de tres pisos infestado de objetos misteriosos, escaleras de madera y arcanos subterráneos. Atentos a la aparición de "El ángel perdido", del que Planeta lanza el 4 de febrero 200.000 ejemplares, visitamos al autor en la morada donde ha cocinado a piedra y fuego su nuevo apocalipsis. **texto RICARD RUIZ GARZÓN fotos ASÍS G. AYERBE**

**E**n Madrid nieva, pero a sólo veintiséis kilómetros, en la pedanía de la Cuenca Alta del Manzanares donde Javier Sierra tiene su refugio de escritor, se derrama un sol de justicia que remite al que cierra su nueva novela, *El ángel perdido*. La obra, puro *thriller*, arranca lluviosa y gallega, con una protagonista capaz de dar vida a unas extrañas piedras preciosas a la que pronto persiguen la policía, la familia de su marido, una secta paramilitar y hasta el presidente de Estados Unidos. Al final, quizá porque su marido es climatólogo y anda secuestrado en tierras desérticas, del diluvio se pasa sin embargo a una amenaza mucho más cercana al calentamiento global: la de las tormentas solares, el apocalipsis por fuego. El sol, fuente de vida y muerte: "Sí, soy un gran amante del sol -admite el turolense, abriendo la puerta de su casa en Las Matas bajo la figura de una Papisa del

Tarot. Soy Leo, nací en agosto y me fascinan las culturas solares: la egipcia, las andinas... La luz del sol me atrae porque posee la ambigüedad de los antiguos dioses, te da la vida pero te puede matar. Tendríamos que hacerle más caso, en pocos años adquirirá una relevancia extraordinaria". De momento, el astro rey es, en sus vertientes científica y esotérica, uno de los protagonistas más destacados de la obra junto al Arca de Noé, el mito de Gilgamesh, los indios hopi, el legado de John Dee y la existencia de los ángeles -"pero no los que llevan alitas, sino los prometeicos, los que remiten a la relación con la divinidad", aclara-. Escrita tras el éxito de *La cena secreta* (más de dos millones de ejemplares vendidos en 43 países, 300.000 de ellos en España), *El ángel perdido* no sólo ha supuesto el salto definitivo de Sierra a Planeta, sino que, debido a sus conexiones entre el poder de la piedra y la tierra por

un lado, y la amenaza de las fuerzas del cosmos por otro, podría considerarse la obra del aragonés que apunta más lejos. No en vano, el autor de *La dama azul* ha tardado cinco años en acabarla, llenando la filosófica carpeta de su portátil denominada Descartes con cientos de páginas que nunca verán la luz. No en vano, Simon & Schuster ha adquirido ya los derechos para su inminente publicación en inglés. Y no en vano, autor y editorial preparan un ambicioso plan promocional, carne de récord, que contará con presentaciones de la obra "en todas y cada una de las capitales de provincia de España, Ceuta y Melilla incluidas". Una prueba más de que Sierra no se resigna a ser un autor menos respetado aquí que en el extranjero, víctima de su pasado televisivo y su pasión por el ocultismo: "Voy a luchar a fondo por mis lectores españoles. Por fortuna cada vez me lee más gente sin viejos prejuicios".



Asentadas las aspiraciones, no es extraño que lo primero que llame la atención al entrar junto al autor en su estudio de Las Matas sean las escaleras, las muchas escaleras: de bajada, de subida, del jacuzzi, de la terraza, de acceso a las estanterías más altas de la biblioteca, transformables en sillas... Al fin y al cabo, uno de los grandes secretos de *El ángel perdido* se encuentra por supuesto en la bíblica Escala de Jacob, ya presente en *Las puertas templarias*. Son el símbolo de ascensión, material y espiritual, por antonomasia. Y, lo crean o no, las de esta novela son... literalmente deslumbrantes.

### Los arcanos del sótano

Puestos a elegir (con Sierra siempre hay que elegir: al citarnos en Atocha, pidió hacerlo entre la escultura del bebé con los ojos cerrados y la opuesta con los ojos abiertos, aunque según él no era una prueba), empezamos por la escalera de bajada, que conduce al sótano. Anda revuelto porque Sierra está de mudanza, pero es una auténtica cueva del tesoro. Hay infinidad de cintas VHS (las de Carl Sagan y Jiménez del Oso), dossiers, fascículos, carpetas, marcianos -¡de plástico!-, una gigantesca espada templaria... Y un archivador que Sierra se resiste a abrir. Cuando accede, aparecen decenas de manuscritos escritos con caligrafía infantil, ilustrados a rotulador: *El castillo sitiado*,

*El fascinante viaje de Pedro Valverde, Los dioses, Viaje al sol, Diario de Castralvo...* Son las operas primas de Sierra, escritas de los 10 a los 13 años: cómics, novelas, obras de teatro, fanzines, periódicos... “La mía no es una vocación impostada, fui un narrador precoz y compulsivo”, revela con pudor; “de niño me encantaba el misterio de urdir historias y de adulto he acabado profesionalizándolo”.

Camino de la biblioteca que lo corrobora en el segundo piso (7.000 volúmenes, aunque hay más en otras casas), nos detenemos en un salón-comedor cuyas paredes rebosan imágenes: el mapa de Piri Reis, una cruz cántara, grabados sobre Egipto, portadas enmarcadas de *La Vanguardia* (la del 2-VIII-1934 exhibe el titular “Un nuevo invento de Marconi”)... No hay televisión, pero sí vitrinas con piedras singulares. Ninguna es una adamanta, la estrella mineral de su nueva novela, ni posee propiedades electromagnéticas al borde de la magia, pero sí hay una peruana Piedra de Ica, madera petrificada de Arizona, piedras chamánicas del Valle Sagrado de los Incas, una roca grabada con el Ahura Mazda, el dios alado del zoroastrismo... Al comentarlas, Sierra revela que la piedra, símbolo de permanencia, ha sido fundamental en la novela desde el inicio, ya que la ideó al descubrir el célebre espejo de obsidiana del astrónomo y nigromante John Dee en el British Museum: “Las piedras siempre han tenido poder oracular, mi aportación ha consistido en relacionar las más conocidas entre sí”. Un trabajo de divulgación al servicio de la novela, con otros ejemplos como el angelical origen de England (Angelund) o los numerosos lugares que en España reciben su nombre del bíblico Noé: Noia, Noain, Noja, Noenles, Noallo... “Son esos juegos que utilizan tanto Dan Brown como Umberto Eco -afirma-; me entusiasman porque son pura realidad pero ayudan a hacer verosímil lo inventado”.

### El tercer apocalipsis

Pasamos un instante por la cocina, donde en épocas de encierro creativo Sierra sólo calienta los *tuppers* que le prepara su madre y donde es posible hallar significativos imanes de nevera (del de María de Jesús de Ágreda, la dama azul, a los de la tumba del Apóstol Santiago o el calendario solar azteca), y subimos de nuevo por las escaleras entre cuadros sobre los hopi, la Sábana Santa o el gnóstico dios Abraxas. Discretos con la intimidad del autor, sólo

cabe anotar que Tintín y el ovni de Roswell tienen también su espacio en baños y dormitorios antes de probar las sillas indias de lectura, sugerencia de Sánchez Dragó, que dominan el centro del despacho. En este diáfano salón encarado al Encinar de Las Rozas, donde suena a menudo el rock tipo Alan Parsons, se cuecen la mayoría de obras que salen de esta casa. Su dueño suele trabajar lejos de la ventana, cara a la pared, frente a esos miles de libros que confirman su heterodoxa pasión documental en bloques temáticos de mitología, religiones, misterios vaticanos, historia oculta, Egipto, Napoleón... Aquí, donde sabremos que *El ángel perdido* iba a arrancar su intensa trama en Teruel y no en Santiago, donde conoceremos detalles bibliográficos esenciales, la visita encara su recta final rodeada de tecnología. No, no hay pasillos secretos tras las escaleras, ni otra magia que la que según Arthur C. Clarke parece la técnica cuando es demasiado avanzada. Pero aquí, navegando por la red tan a contracorriente como lo hacía Noé frente al Diluvio, Sierra se revela como un experto en Google Earth, en satélites y helicópteros, o en esa web de autor, la suya, que desde hace años es de las mejores del país. Es en este despacho, centro de sus creaciones, donde Sierra se pasa el día intentando saber cuál es “el notición” que la NASA ha prometido anunciar (después se revelará que es el hallazgo de ciertas bacterias capaces de sobrevivir en arsénico). Es aquí donde sonará su móvil con la melodía de *Encuentros en la tercera fase*, y donde aprovechará para decirnos que la comunicación es para él tan sagrada que al lado del teléfono fijo ha puesto una foto de la constelación de Orión, con la esperanza de que le influya en su deseo de llegar lejos en todo lo que emita. Es la hora de la despedida, pero también la de dar alas al mensaje que Sierra está a punto de lanzar, con o sin ayuda de las adamantas, bajo el título de *El ángel perdido*. Mil escaleras conducen a él, pero el turolense lo sintetiza en una reflexión de un sólo peldaño, mayúsculo, acaso el mayor de la humanidad: “Parece que el mundo se dirija hacia un tercer apocalipsis y nos sentimos como los hijos de Noé, sabedores de la verdad pero incrédulos y escépticos. Cada cual deberá elegir cuál es el Arca que le corresponde y qué tipo de muerte, real o simbólica, será la más acertada para él”. Contacto establecido. Secreto al descubierto. La respuesta, ahora, está en manos de los lectores. ■